

## JUAN LEON MERA EXPONENTE TIPICO DEL ROMANTICISMO ECUATORIANO\*

Juan León Mera representa uno de los testimonios más relevantes de los caracteres que el Romanticismo adquirió en el Ecuador, a la vez que de las diferencias regionales y subregionales que los procesos culturales latinoamericanos contrajeron en cada uno de los países del Continente. Pero también del modo, o mejor, de la tesitura con que éstos adoptaron ideas filosóficas, políticas y estéticas europeas. Después de la exhaustiva obra sobre el Romanticismo en Europa, *Romantic and its congenates*, editada por Hans Eicher junto con otros destacados especialistas, estamos en condiciones de mostrar, a través de Mera, que esta adopción no consistió casi nunca —por lo menos en sus figuras más conspicuas—, en una adaptación o adecuación de tales ideas a la circunstancia americana, sino en una asimilación activa y creadora, como la de Mera respecto del Romanticismo. Por eso, no es éste un pensador y un escritor romántico más del siglo XIX, al modo alemán, inglés, francés, italiano, ni siquiera español, sino un romántico que vive, percibe y asume el romanticismo como un americano, a través de un sentimiento y de una óptica propios. No quiso reproducirlo, sino re-crearlo desde América y el Ecuador, al punto que le incorpora, según veremos, algunos rasgos muy particulares, atenuando (suprimiendo, casi) sus trazos de misticismo e insurreccionismo, y acentuando otros antropológicos y literarios más definidos. Mera adopta, pues, el punto de vista romántico, pero re-pensándolo desde sí mismo desde su pueblo y desde su paisaje.

Como movimiento general de cultura, el Romanticismo se caracterizó por las siguientes ideas y principios:

\* Juan León Mera, de quien se cumplió el sesquicentenario del nacimiento en 1962, es autor del Himno Nacional del Ecuador, narrador, poeta y ensayista y constituye uno de los valores intelectuales, universalmente reconocido, de las letras ecuatorianas. Nació en Ambato el 28 de junio de 1832 de madre pobre y abandonada por su esposo. Desde joven adquirió notoriedad en el país y llegó a ocupar altos cargos en la legislación nacional, como el de Secretario del Senado en 1865, en el cual recibió el encargo de escribir el Himno Nacional ecuatoriano.

Enrolado en el Romanticismo, una de sus obras más importantes, su novela *Cumandá*, se la considera símbolo narrativo del hombre y del medio tropicales de su patria. Otros trabajos novelísticos, *Entre dos tías y un tío*, *Un matrimonio inconveniente*, *Por qué soy cristiano*, han sido muy bien estimados por la crítica literaria, que ha exaltado especialmente su obra de recopilación y análisis de la naciente poesía del Ecuador intitulada *Ojeada histórico-crítica de la poesía ecuatoriana*.

1. En primer lugar, entendió el Universo como un Todo viviente, a la manera de un organismo natural, como la realización directa e inmediata de un poder absoluto (Dios) del cual era su más genuina y adecuada expresión o revelación. Era un mundo espiritualizado o animado desde dentro por una subjetividad primordial, que, en su versión panteísta (hacia la cual tiende claramente), se la concibe como una fuerza divina inmanente o interior al Universo, como el Alma del Mundo. Así, no ve a éste último como la construcción o la creación de un Intelecto superior. No es un orden o Cosmos racional impuesto a la materia por un arquitecto divino (construccionismo griego), o creado por un Dios personal (teísmo medieval), ni tampoco una máquina concebida perfecta y dotada de movimiento eterno (deísmo moderno), sino una gestación espiritual, la exteriorización explicitación y floración, infinitamente múltiple y diversificada, de una fuerza interna inagotable. Como tal, las cosas que lo componen constituyen modelos o realizaciones de ideas vivientes, o sea, un verdadero *lenguaje*; pero no un lenguaje formalizado (o lógico-abstracto), sino un conjunto de símbolos concretos de rica y variada significación. Los seres naturales no son otra cosa que palabras *fundacionales* que hablan, de modo polisémico, a la sensibilidad, a la imaginación, al sentimiento, a la intuición y a la razón: en suma, entes simbólicos que el conocimiento en sus distintos niveles y dimensiones, debe descifrar. La estructura del Universo puede incluso ser matemática (Novalis) pero esta articulación formal —contrariamente a todo logicismo— es su elemento menos importante: el esencial es la rica substancia que contiene y que se expresa semánticamente en todos sus símbolos naturales. De ahí que sea necesario penetrar o introducirse en él con todas nuestras fuerzas para comprenderlo, y cuanto más íntima sea esta penetración o introyección emocional (*Einfühlung*), mejor lo conoceremos.

2. El hombre posee en su intimidad espiritual, en su subjetividad, la capacidad de introducirse en la substancia infinita del Universo, de captarla y auscultarla, pues esa subjetividad es afin y puede identificarse con las fuerzas naturales que lo animan. En este sentido el Romanticismo comparte con el Cristianismo, aunque en otro contexto, su creencia y su idea acerca del valor infinito de la subjetividad humana, y coincide también con él en la manera de concebirla, ya que no otorga prevalencia, dentro de ella, a la razón o al intelecto puros. Ciencia, Filosofía, Religión, Arte, son modos, como vimos, de descifrar los símbolos de la Naturaleza; pero los más aptos son la religión y el arte que ponen en funcionamiento respectivamente la emotividad la intuición y la imaginación, es decir, aquellas facultades de la subjetividad más adecuadas y semejantes a las fuerzas y tendencias primigenias, vivas e irracionales. Razón por la cual fueron también los románticos los primeros en reivindicar y atribuir especial importancia a las mujeres, símbolos y guardianas —como las definían— del sentimiento.

3. En tercer lugar, esta aptitud no es condición del hombre o de la subjetividad individuales. Porque los individuos están orgánicamente insertos en los pueblos (la socialidad es más originaria que ellos) y todos

los individuos que integran una sociedad comparten capacidades innatas similares, y éstas los definen en su personalidad espiritual. Cada pueblo tiene sus modos propios de aplicar la sensibilidad, la razón, el sentimiento, y de entender, en consecuencia, el universo y la vida. Con lo cual el Romanticismo asume un *individualismo histórico* que afirma la personalidad de los pueblos y las naciones y la concibe como inalienable, y que le conduce a un conservadorismo popular que, en muchos casos (y no siempre, como cree Mannheim) ha derivado en una actitud política reaccionaria, o mejor ha sido utilizado por ésta, pero que las más de las veces ha dado pábulo a la impugnación y a la rebelión contra los factores de poder o las situaciones ilegítimamente establecidas y sus instrumentos: la mentaldad burguesa, el materialismo vulgar, la tecnocracia sin alma, que se oponen al despliegue o desarrollo natural y espontáneo de esas fuerzas o aptitudes creadoras. Y el socialismo romántico rechaza también lo banal y lo cotidiano que —como hoy expresan Gunther Graass y Patricia Highsmith— nos hundan en la indiferencia, la chatatura o la cosificación y que con la concesión permanente a las pequeñas cosas, neutralizan el universo y los hombres, les sustraen su movimiento, su poder y su valor, y nos impide insuflarles vida y espíritu.

4. De todo esto se desprende, sin dificultad, que la libertad radical de la subjetividad —otra de las concepciones distintivas del Romanticismo— sólo podía ser entendida como existencia de acuerdo con la esencia propia de las sociedades y de los individuos. Fuerzas espontáneas realizan a los pueblos y a los hombres, a los cuales hay que dejarlos ser lo que son capaces de ser, pues de lo contrario se les menoscaba o anula. Una suerte, en fin, de fatalismo personal e histórico, que concibe la libertad como espontaneidad no interferida, que repudia todo cuanto obstruye, disminuye, impide y cancela el desarrollo de las aptitudes innatas y ve uno de los enemigos más peligrosos y una de las mayores amenazas en el Estado y en los grupos de poder que se abroquelan en sus particularismos e intereses y se oponen a la libre expresión y al desenvolvimiento natural de los individuos y los pueblos. Liberismo romántico, antiestatista y antipoliticista.

¿Cómo absorbió y re-elaboró Mera estas ideas y principios románticos?

1. De conformidad con el movimiento cultural que lo inspira, él también concibe y exalta la Naturaleza como una unidad viviente, y procura abrazarla con las fuerzas de la imaginación, la sensibilidad, el sentimiento y la intuición; pero respondiendo no a un supuesto e inexistente sincretismo, sino a la tradición de un genuino mestizaje étnico y cultural indígena-español, que ha nutrido educativamente a su generación atenua por igual el misticismo y el panteísmo preponderantes en el romanticismo europeo, y afirma un naturalismo más moderno, más afin y acorde con el teísmo cristiano. Y por eso habla de las leyes «que reglan y gobiernan las infinitas partes del Universo», a los que estima «infinitos» como su creador. Pero sigue fiel al Romanticismo en la medida en que estas leyes no las considera totalmente racionales, sino muchas de ellas «ocultas

y misteriosas», no accesibles a la inteligencia, aunque sí penetrables por la acción mancomunada de todos los poderes integrados de la subjetividad humana.

2. Sin embargo impulsado por esa misma cosmovisión con ingredientes vernáculo y cristiano, tempera el irracionalismo y concede mayor injerencia, en el desciframiento de los símbolos del Infinito Universo, a la ciencia, al ingenio y a la civilización (palabra inusitada entre los románticos). Pero a su vez continúa adscrito al Romanticismo al afirmar o reconocer la abigarrada profusión de existencias del hombre, «diversas por la diversidad de la naturaleza», y la variedad de la humana inteligencia.

3. Por otra parte, firmemente afincado en el realismo propio de los pueblos andinos, consiguió eludir eficazmente el subjetivismo idealista (al que era proclive el Romanticismo) floreciente en países rioplatenses y otros de América Latina sometidos a una influencia europea más fuerte y persistente, y atenuó con ello el innatismo y el fatalismo históricos. En este sentido, dio intervención e importancia, en el dominio de los procesos sociales e históricos, a las *necesidades* como «retos» generadores de libres respuestas del hombre, que se traducen en creencias religiosas, producciones artísticas y costumbres diversas, como también en instituciones políticas. Supera así el antipoliticismo romántico, y justifica su conservadurismo por la perduración de las mismas exigencias de la naturaleza y la historia.

4. Y finalmente, si bien sustenta con los románticos la doctrina de que ciencia, filosofía, arte y religión detectan y descifran coordinadamente las fuerzas creadoras del universo, el alma infinita del Mundo, como éste es esencialmente un lenguaje fundacional, la *literatura* (y dentro de ella la poesía lírica) es el mejor traslado y la interpretación más genuina de ese lenguaje concreto que exterioriza materialmente el espíritu operante inconscientemente en la naturaleza. Las literaturas son los pueblos, son el trasunto de sus propios y más hondos sentimientos, y la nuestra, si por la forma debe ser española, por su contenido debe ser *invención* de poesía original, debe tener colorido americano y local y, sin dejar de ser natural, debe estar históricamente determinada.

¿Ecléctico, creatividad? La lectura de las obras de Mera puede ilustrar acabadamente lo que la falta de espacio no nos permite demostrar aquí, sino sólo indicar: que sus concepciones y teorías son síntesis novedosas, sólidamente construídas entre ideas románticas y otras doctrinas vigentes en su país y su época, elaboradas desde estas últimas y como latinoamericano y ecuatoriano.

RODOLFO M. AGOLIA